

LA ÚLTIMA CABALGADA DE ATREYU

--- Alberto Puyana---

Mario juguetea con las blancas sábanas entre sus dedos mientras sus pensamientos brincan de ensoñaciones infantiles a recuerdos de patio de colegio junto a sus compañeros de clase.

Hace tiempo que cambió su sobrio uniforme de los Salesianos por un espartano pijama celeste con el anagrama del hospital donde lleva ya ingresado dos meses. También sus cabellos han desaparecido por completo con el paso de los días.

La luz que se filtra por el escueto espacio de la ventana de aluminio, apenas le permite vislumbrar fuera el acompasado movimiento de la copa de un árbol —ya desnudo de hojas— y un cielo ceniciento surcado a gran velocidad por solitarias nubes negras que anuncian tormenta.

El televisor lleva encendido sin descanso desde el mismo momento en que se enfundó el pijama el día de su ingreso, y tan sólo ha experimentado cambios en el volumen del aparato; de día, alegre... a ratos, estridente. De noche, susurrante como brisa marina.

A un lado, la bandeja donde le han servido el almuerzo aún conserva un plato sobre el que descansa un filete de pollo y unas patatas fritas que ni siquiera ha probado. Tan solo las paredes del vaso de plástico, translúcidos por la espesa película que ha dejado su contenido, refieren que Mario ha tenido por comida un simple trago de zumo de melocotón.

Siente en sus orificios nasales la incómoda presencia de unas gafas de oxígeno que ventean hacia sus fosas de continuo con el burbujeo impenitente del humidificador, que si bien era un sonido molesto en un principio, ahora se ha convertido en una nana que acuna a Mario a todas horas.

En su brazo izquierdo, un apósito y un vendaje recuerdan que está recibiendo tratamiento intravenoso a través de una bomba de perfusión que a veces emite sonidos y alarmas capaces de transportar a Mario con su desbordante imaginación, hasta el puente de mando de alguna nave espacial que explora galaxias lejanas.

Fuera de esta desgarrada visión, en la frontera que marcan los pies de la cama, reside la calma de Mario: su madre a un flanco, que no se ha movido ni un solo segundo de su lado... ni tan siquiera aquellos días en que Mario ha despertado en mitad de la noche acuciado por horribles pesadillas.

Permanece sentada en la misma silla, sonriendo con una mezcla de tristeza, cansancio y esperanza en el rostro, como quien barrunta lo peor pero se niega a mostrarlo a las claras.

Al otro lado de la cama, una chica más joven ojea un libro que apoya en el regazo, y de vez en cuando acomoda un mechón rebelde de sus cabellos tras un oído, o empuja con delicadeza las gafas metálicas de color rojo brillante que se deslizan por el puente de su nariz hacia abajo. Es una enfermera que la familia de Mario ha contratado para sus cuidados en estos delicados momentos.

Terminó la carrera hace poco tiempo, pero el paro profesional originado por la crisis económica que azota el país la han obligado a publicitarse a través de cuartillas pegadas con papel celo en farolas y en las marquesinas de paradas de autobús.

«Enfermera titulada se ofrece para cuidado de pacientes hospitalizados» reza su anuncio, que pugna con los de fontaneros, electricistas y compradores de oro por captar la atención de los viandantes, a fuerza de colores vivos o tipografías de letras llamativas.

Cuando la familia de Mario se puso en contacto con ella, no dudó un instante en aceptar. Cualquier tipo de trabajo que le permita pagarse el alquiler es bienvenido, y ya el grifo económico de papá y mamá hace tiempo que se cerró por la misma crisis que la empujan a anunciar sus servicios profesionales.

Cuidar niños, por otra parte, siempre se le dio bien. Y Mario, para qué engañarse, es una criatura excepcional, adorable y lleno de magia a pesar de su dolencia.

—¿Qué lees, Jimena? —pregunta curioso, tratando de discernir a través de sus intensos ojos azules la portada del libro que sostiene la enfermera en sus manos. Ella lo cierra y lo mantiene en alto unos segundos para que Mario pueda leer el título escrito con letras de hermoso trazo.

—«La historia interminable». Es la historia de un niño como tú... más o menos de tu edad, que se convierte en un héroe en el mundo de Fantasía.

—Jo... suena muy diver.

—¡Y lo es! —responde Jimena asomando una luminosa sonrisa a sus labios.

—Mami... qué suerte hemos tenido trayendo a Jimena para cuidarme, ¿verdad?

La madre de Mario sonríe y deja escapar de manera inconsciente un par de lágrimas que surcan sus mejillas hasta el mentón, manteniendo un precario equilibrio durante unos segundos, hasta que se precipitan al suelo. El niño no se percata del llanto de su madre... o al menos no lo demuestra. No le gusta verla llorar, y en cierta forma se siente responsable directo de su dolor.

Jimena alarga una mano y la apoya con suavidad sobre una de las piernas de Mario para llamar su atención.

—Si te parece, puedo leerte el libro... así sabríamos cómo acaba la historia juntos.

—Pero t  ya lo has empezado... tendrías que volver atrás —responde Mario arqueando las cejas y con un moh n en el rostro.

—No importa... me est  gustando tanto que no me importa volver a leer desde el principio.

—¿Lo dices en serio? ¿Lo harías por mí? —pregunta el niño, esta vez con ojos brillantes de ilusión y una sincera sonrisa dibujada en el rostro.

—Además... estoy segura de que a tu madre le parece una idea estupenda. Lo podemos leer en voz alta para ella también.

—¡S      ! ¡Mami! ¿No te parece genial?

La madre de Mario no puede reprimir nuevas lágrimas, y oculta su rostro compungido tras una de sus manos con cierta vergüenza, mientras asiente con vehemencia la cabeza, aprobando la iniciativa de Jimena.

La enfermera toma la silla sobre la que se sienta, y lo acerca hasta el cabecero de la cama de Mario. Luego enciende la luz de la mesita de noche, y tras carraspear un poco, comienza a leer con calma:

—«*LA HISTORIA INTERMINABLE, por Michael Ende. Libros de ocasión. Propietario: Karl Konrad Koreander. Esta era la inscripción que había en la puerta de cristal de una tiendecita...*»

Durante días, Jimena transporta a Mario a un mundo muy diferente al que contemplaban sus ojos a simple vista. Una de criaturas increíbles, reinos mágicos, y donde el valor y la amistad podían hacer posible lo imposible.

El niño se estremece con el devenir de la historia, y exclama, grita, aplaude cada heroicidad de Bastian buscando la complicidad de su madre al pie de la cama, que le devuelve tiernas sonrisas y dibuja con sus labios besos que parecen viajar por el aire.

Mario sufre la muerte del caballo Ártax en el Pantano de la Tristeza, tanto como la de sus brazos, cuya movilidad claudica una tarde de domingo.

Observa a su madre preocupada... ha perdido su sonrisa. Jimena se encarga de acercarle aquellos objetos que precisa, y de darle de comer. El niño pierde el habla y la capacidad de tragar los alimentos justo a la vez que Atreyu abandona toda esperanza en salvar Fantasía. Derrama lágrimas compartidas con la Emperatriz Infantil, que ve perdido su Reino... hasta que finalmente Mario queda en estado de coma en el mismo momento que la Nada parece invadir casi por completo Fantasía. Jimena continúa leyendo el libro a Mario a pesar de todo, día y noche... con su mano apoyada en la del niño, hasta que una semana más tarde concluye su tarea:

—«*... Y el señor Koreander no se equivocaba. Pero esa es otra historia y debe ser contada en otra ocasión.*

POR ENDE...»

Apenas cierra la contraportada del libro, Jimena observa como brota una lágrima de los ojos cerrados de Mario a la vez que su respiración se detiene para siempre.

Las hojas secas que descansaban en el suelo tras el paso del otoño, hace tiempo que fueron barridas, y en el aire se confunden los dulztones olores de bizcochos, galletas y turrones, mientras la ciudad se engalana de rojos y verdes, de luces y guirnaldas, de bolas de plástico de color oro y plata, y alegres adornos que recuerdan la cercanía de la Navidad.

La alegría, a veces cierta y otras impostada, se transmite de barrio en barrio y de casa en casa a golpe de villancico, pandereta y zambomba. Aunque en todas las casas no es posible.

La nochebuena para la familia de Mario promete ser dura y triste.

Su frágil cuerpecito quedó inerte apenas unas horas atrás, sobre el colchón de su cama en el hospital, y no hay rincón ni hogar entre familiares, amigos y allegados donde no se le llore o se recuerde que tan injusta es la muerte como infame es la vida, capaz de golpear con crudeza a un niño de nueve años, que apenas si ha tenido tiempo de disfrutar de una infancia como debiera, de tanto andar de médico en médico hasta el mismo momento de su deceso.

En el velatorio, se cuentan por decenas las personas que han acudido a despedir a Mario; padres de otros alumnos del colegio, profesores, vecinos... todos han encontrado un hueco en su quehacer diario para acercarse a consolar a la familia, si acaso unos minutos. Incluso Jimena, su enfermera, se ha personado en aquella fría sala 2 del tanatorio desde primera hora para compartir un dolor que es común y no entiende de genes, ni de consanguinidad.

Jimena reconoce a Lola, una de las tías de Mario que más veces acudió a visitarlo durante su penosa convalecencia, y decide dar el difícil paso para saludarla. Está de espaldas a ella, así que apoya con delicadeza su mano en el hombro para llamar su atención, como hiciera con Mario el día que empezó a leerle «La historia interminable». Lola, al contemplar a Jimena, sonríe con tristeza mientras sus ojos se inundan de lágrimas y ambas se abrazan durante largo rato. Todos los presentes respetan el dolor... todos entienden lo que ambas han sufrido, cada una desde la perspectiva que les tocó vivir.

Es media hora más tarde, lejos del tumulto que las atosiga con pésames y buenas palabras, cuando ambas pueden conversar con tranquilidad.

—No sufrió... ¿verdad, Jimena? —pregunta Lola con ojos arrasados, si bien busca más una confirmación de sus esperanzas que una respuesta sincera de la enfermera.

—En absoluto. Puedes estar tranquila. Mario se quedó dormido como un bendito... yo estaba allí.

—Lo sé, Jimena... no sé cómo agradecerte todo lo que hiciste por él en esos momentos. A mí me resultaba imposible estar allí... ya sabes... cuando hablaba con su madre.

—Lo entiendo —suspira Jimena—. Ya resulta difícil aceptar que un niño tan pequeño se esté apagando como una vela...

—¿Y... era posible...aquello? ¿Cómo es posible que viese a su madre?

Jimena entiende las dudas que atormentan a Lola, y aunque no es amiga de dar explicaciones científicas a quien no va a entenderlas con claridad, si considera necesario calmar esa inquietud que azora a la tía de Mario.

—Lola... el tumor del cerebro ya había aumentado su tamaño y su agresividad; las alucinaciones visuales son normales en este tipo de enfermedades. Mario creía estar viendo a su madre... de hecho puede que nunca estuviera muerta para él porque ese tumor estaba ahí desde muy pequeño. Nunca echó en falta a su mamá... Siempre la vio... siempre estuvo a su lado. Incluso cada vez que abría los ojos, siempre la veía despierta, sentada a su lado.

—Y nosotros... por no darle el disgusto le seguimos el juego... —continuó Lola hasta que no pudo evitar romper a llorar de nuevo.

Jimena la abrazó de nuevo y susurró en su oído:

—No le seguisteis el juego. Para él era real... y jamás estuvo solo. Cuando yo no estaba cuidándolo, era la imagen de su madre quien lo acompañó y le hizo más llevadero el último paso.

Ya de vuelta a casa tras la dura jornada de duelo, Jimena deja las llaves del portón sobre el mueble de la entrada, se desprende de la chaqueta de piel, se descalza, y cae derrotada por el cansancio en el sofá del salón, mientras el televisor vomita imágenes de un reality nocturno. No

quería ver nada «que le hiciese pensar demasiado», se había propuesto nada más encender el aparato... pero el agotamiento ha hecho mella en su cuerpo, y cierra los ojos...y duerme... y sueña.

Y en sueños contempla la imponente figura de un caballo que cruza a galope la pradera, y en cuyo lomo cabalgan dos niños. El primero de ellos, un guerrero de piel verde que Jimena reconoce como el bravo Atreyu. Y agarrado a su espalda, un niño rubio de profundos ojos azules, enfundado en un pijama celeste, que ríe y grita mientras se acercan a Jimena lo suficiente para que el niño dibuje una única palabra en sus labios con la que se despide de ella para siempre: «gracias».